

Mantis Religiosa

Mauricio Molina

Coleccionar insectos era para Sebastián algo más que un simple divertimento cultivado desde la infancia o un pasatiempo banal para combatir el tedio de la vida cotidiana; era una manía, una obsesión. Ceremonioso en su veneración a los insectos, practicaba su afición a la entomología de una manera metódica e, incluso, libresca y erudita. Al mismo tiempo que disfrutaba de la sensación de levedad producida por el peso de un pequeño escarabajo en el dorso de la mano, o del polvillo que recubre las alas de las mariposas en las yemas de los dedos, le gustaba cotejar a los insectos con las descripciones e imágenes que aparecían en voluminosos tratados de entomología para tratar de descubrir, en algún momento, un detalle no revelado del ejemplar: aquello que lo convertiría en algo único, en un ser individual. Junto a los tableros con mariposas, escarabajos y avispa de distintas clases y procedencias, se apilaban en los estantes de su estudio numerosos volúmenes que contenían grabados, fotografías y profusas taxonomías sobre las diversas especies y subespecies, su comportamiento y distribución geográfica.

Sebastián trabajaba en una inevitable oficina de la Casa de Bolsa como corredor de cuentas accionarias. Los estudios de Contaduría y Administración, que había llevado a cabo con desdén y distancia, le habían permitido llegar hasta el puesto que tenía sin mayores esfuerzos. Su carácter, es hora de decirlo, no era el de una persona propensa a las grandes empresas ni a las acciones arriesgadas. Sus clientes eran por lo general particulares que invertían a lo seguro y empresas que buscan colocar sin riesgo una pequeña parte de sus excedentes.

Su vida cotidiana era poco interesante. Una maníaca afición por todo lo pequeño y detallado lo llevaba a cultivar una pulcritud minuciosa y una obsesiva devoción por los detalles más ínfimos, tanto en su vestimenta como en su departamento y su oficina, donde a pesar de sus rarezas era respetado por el orden y cuidado que ponía en todo cuanto realizaba. Sebastián era un hombre de estatura media; el pelo oscuro y siempre bien cortado contrastaba con el color claro de sus ojos, que en los días luminosos y soleados eran verdes y en los días oscuros y nublados se tornaban color miel. Usaba un par de gafas de oro, muy delgadas, que suponía no se notaban. Siempre vestía trajes grises, azules o negros, aunque solía adornar esta vestimenta anodina con algún detalle colorido: una corbata de seda con dibujos de paramecios amarillos, o verdes y dorados; un par de calcetines rojos que emergían de pronto como llamaradas cuando cruzaba la pierna en una reunión de la oficina; un pañuelo rosa asomando discretamente de la bolsa del saco como una rosa a punto de abrirse; mancuernillas de oro con forma de moscas o ojos de rubíes que asomaban cuando encendía un cigarrillo o miraba la hora en su reloj pulsera para acudir a alguna cita.

Era poco adicto a las reuniones sociales. A sus treinta y

cinco años había heredado de su infancia y su juventud un carácter reservado y una marcada propensión a la soledad. Su vida amorosa, si es que alguna vez la tuvo, estuvo siempre marcada por el aburrimiento y la discontinuidad. Su vida erótica, sin embargo, no era, como pudiera pensarse a partir de este retrato, la de un simple agente de bolsa célibe o desposeído de toda libido. Por el contrario, acostumbraba recibir, dos veces por semana, la visita de dos mujeres muy distintas entre sí: Sara, una espléndida morena de formas rotundas, los martes y Rebeca, una rubia espigada y elegante, los jueves. Esas dos mujeres fueron, durante mucho tiempo, el único vicio que se permitió y el único gasto superfluo que se dio el lujo de hacer, ya que cada visita iba acompañada de un pago con varios billetes de muy alta denominación. A esto Sebastián no le llamaba prostitución, sino, simplemente, disimulo.

2

Los viernes por la tarde, en cuanto llegaba de su oficina, provocaba en su apariencia una profunda metamorfosis: cambiaba su rigurosa ropa de trabajo por el no menos riguroso atuendo de entomólogo. Cambiaba sus pantalones por unas bermudas color caqui de corte inglés, el portafolio de piel de cocodrilo por la mochila de cuero y la calculadora, las plumas y las tarjetas de presentación por la cámara con varias lentes, botellas con formol y cianuro, frascos de diversos tamaños, redes de distintas medidas y cajas de madera para guardar ahí alguna delicada mariposa o un tosco escarabajo; todo esto sin contar la inevitable tienda de campaña y la bolsa de dormir, en la que se envolvía como una larva en espera de su transformación definitiva. Al caer la noche del viernes, mientras sus compañeros y compañeras de trabajo se lanzaban a los rituales de la fiesta, el alcohol y el desvelo, Sebastián, metido en su automóvil, se confundía entre los grupos de familias que salían de la ciudad rumbo a sus casas de campo y lugares de esparcimiento sin que nadie sospechara que salía de la ciudad con el fin de llevar a cabo, secretamente, su maníaco pasatiempo.

(Imaginemos ahora una escena de cacería antes de continuar nuestro relato: un hombre de delgadas piernas peludas y alargadas, luego de haber establecido su campamento —por lo general un lugar cercano a un riachuelo— se lanza con una red en la mano tras el vuelo de una mariposa de alas azules en cuyos bordes hay dibujadas unas líneas negras. La mariposa es un raro ejemplar, podría ser de una especie todavía inclasificada. Mientras corre tras ella mira los ocelos transparentes que tiene dibujados en sus alas. Definitivamente se trata de un raro ejemplar: La mariposa se detiene en un arbusto. Sebastián se arroja con la red, pero pierde el equilibrio y cae entre espinas y ramitas que lastiman su cuerpo.

La red ha caído en el lugar justo sobre el arbusto: ahí dentro se agita la mariposa como una nebulosa azul (ha perdido los lentes). Durante unos momentos Sebastián olvida los rasguños en la nariz y el dolor en el tobillo. Sin embargo la mariposa descubre que basta con que se abra paso entre las hojas hacia abajo para escapar y sale volando, elevándose hacia las copas de los árboles, dejando a su perseguidor debatiéndose entre las ramas y quitándose las espinas de los brazos y las piernas.)

Los domingos, al amanecer, regresaba con su acostumbrada carga de luciérnagas, hormigas, grillos, moscas, avispa o escarabajos a los que clasificaba y comparaba con sus libros. Casi siempre se veía obligado a desechar todas sus presas, pues sólo se quedaba con los especímenes realmente raros, a los que ubicaba en tableros cubiertos de cristal con una pequeña ficha que contenía la especie, subespecie y orden al que pertenecían.

Como hemos visto, la vida de Sebastián era metódica.

3

El dibujo que hemos trazado hasta ahora no es, sin embargo, más que el preámbulo de lo que realmente queremos contar aquí: su vida sentimental.

Cuando cumplió los treinta y cinco años Sebastián miró el rostro que se rasuraba en el espejo y se dio cuenta de que comenzaba a perder el pelo peligrosamente, que una sospechosa papada redondeaba su cara provocándole un escozor al pasar el rastrillo por ella y que —para hablar claro— se estaba volviendo viejo.

Sus escasas amistades lo instaban a que se casara, formara un hogar y abandonara la vida de solterón que obstinadamente se había esforzado en construir. Sus familiares, a quienes mantenía a prudente distancia, preocupados por su soledad, en cuanto encontraban la oportunidad, se las arreglaban para organizar una comida con tal o cual muchacha de sociedad y buena familia, casi siempre una recién graduada que había estudiado una carrera insulsa como literatura oriental, filosofía del ambiente o cocina francesa. Cuando alguno de estos ejemplares se sentaba a su lado en la mesa, Sebastián reaccionaba conversando, a mitad de la comida, acerca de las costumbres del escarabajo sagrado, que arrastra una bola de mierda interminablemente sobre la arena, o describiendo, con cuidadoso énfasis en los detalles, la forma en que la Mantis Religiosa decapita al macho durante el coito mientras el cuerpo de éste se debate entre convulsiones sobre el abultado y sensual abdomen de la hembra. Sus interlocutores intentaban desviar la conversación después de dejar de comer, hacían gestos de evidente disgusto y finalmente se resignaban a escuchar su grotesca, aunque interesante conversación.

Pero llegado aquel momento en que cumplió los treinta y cinco Sebastián entró en crisis. Las visitas de Sara y Rebeca se hicieron cada vez más esporádicas a fuerza de aburrirlo. Aquellos juegos calisténicos se habían tomado sosos y sin chiste. Era como hacer el amor con dos esposas y tener dos matrimonios aburridos dos veces por semana.

Entonces decidió buscar una mujer para asentarse y procrear. Para ello tendría que dar con una compañera que si bien no compartiera al menos comprendiera su impenitente afición por los insectos, alguien que quisiera pasarse los fines de semana buscando mariposas y libélulas en pantanos o selvas, a veces a cuarenta grados, con el único fin de

secuestrarlos de su estado natural, observarlos unas horas y finalmente matarlos con formol y clavarlos con un alfiler.

Acudió entonces a la Facultad de Biología para ver si se encontraba con una entomóloga, pero su pesquisa resultó un rotundo fracaso. Las científicas, acostumbradas a vestirse con mediocres pantalones de mezclilla y blusas de algodón, eran todo menos atractivas. Acostumbrado a los espectaculares vestidos de las ejecutivas de la Casa de Bolsa, además del lujo y el buen trato, aquel ambiente le pareció hostil e insulto como un hormiguero. Para Sebastián era parecido a mirar insectos banales, ejemplares de todos los días: moscas sobre una mesa cubierta de mendrugos. Recordó el olor desagradable, proveniente de su infancia, de una mosca ardiendo bajo una lente de aumento.

Su búsqueda se tornó entonces metódica y detallada. Utilizaba la misma frialdad y el mismo sentido de la observación para buscar una compañera que el que utilizaba para descubrir, bajo un matorral anodino, la figura de un escarabajo unicornio o un ejemplar que simulaba una hoja o una ramita. No había diferencia: en ambos casos buscaba la rareza, la belleza, el colorido de una mariposa, la estilizada silueta de una avispa o el vuelo suspendido de una libélula azul eléctrico sobre el charco de aguas estancadas de la vida cotidiana. Además de hermosa, original y rara, tendría que compartir sus aficiones y preferencias.

4

Un día, cazando en una librería, encontró a una mujer que había comprado varios volúmenes que de entrada estimularon sus sentidos: *La metamorfosis*, de Kafka, *Medusa & co.* de Roger Caillois y un raro estudio de Vladimir Nabokov sobre el mimetismo en las mariposas. Con movimientos rápidos y seguros se aproximó a ella, entabló contacto y finalmente le invitó un café. Aquella mujer era de hecho un curioso ejemplar para Sebastián: era realmente hermosa, de oscura cabellera ensortijada y ojos verdes, cuyos párpados habían sido pintados de modo que los ojos parecían más grandes. Una boca roja y sensual había sido dibujada sobre sus labios y estaba vestida con una fina falda de colores primarios y una blusa de líquida seda. Era alta y su figura estilizada recordaba la silueta de una Mantis Religiosa que hubiera tomado la forma de una orquídea exótica no para confundirse, sino, por el contrario, para ser vista y admirada.

Durante la conversación Sebastián se las arregló para hablar de su tema predilecto. Lucía, tal era su nombre, se sintió de inmediato atraída por aquel hombre en apariencia normal cuando lo escuchó decir que Gregorio Samsa no era una vulgar cucaracha, sino un elegante y raro escarabajo de cuerpo cóncavo que, además, no sabía que poseía un hermoso par de élitros bajo el caparazón. Aquel era el verdadero drama de Gregorio: no saber que tenía alas y que bastaba un movimiento para salir volando por la ventana sobre las calles de Praga. Sebastián dibujó con su pluma fuente un escarabajo sobre una servilleta conjeturando que se trataba de tal especie o tal otra, lanzando hipótesis exaltadas que atraparon de inmediato la atención de Lucía. Al notar el interés de aquella recién conocida por los insectos, Sebastián se lanzó a hablar del mimetismo y la metamorfosis, cualidades de los insectos que los hacían infinitamente más evolucionados que los propios seres humanos. El mimetismo, según Sebastián, era la

prueba más cabal de que los insectos poseían un sentido artístico, ya que percibían la forma de las cosas que los rodeaban para reproducirlas instintivamente y confundirse con ellas. Para ello no necesitaban de otro medio que sus propios cuerpos. Sebastián, al darse cuenta de que Lucía realmente lo escuchaba, decidió invitarla a su casa para mostrarle su colección de insectos y su biblioteca de estudios entomológicos.

Fue así como Sebastián abrió por primera vez a una persona extraña su estudio. En aquel momento Sebastián no se dio cuenta de la clase de larva que había comenzado a cultivar. Lucía se mostró interesada en los insectos y lo instó a que hablara de todo aquello que admiraba en ellos: la frialdad, la distancia, la mecánica de sus instintos, su metódica autonomía, su variedad y capacidad de tomar diversas formas y colores.

Mientras se desarrollaba la conversación, que se convirtió en realidad en un monólogo obsesivo, Sebastián se dio cuenta de que se estaba excitando. De pronto, sin contenerse un momento más, se abalanzó sobre Lucía mientras ésta hojeaba un libro de mariposas. Al sentir el aliento de Sebastián en su nuca y sus manos acariciándole los senos, Lucía decidió no oponer resistencia. Se dejó llevar hasta el sillón donde habría de consumarse su primer encuentro erótico. Mientras Sebastián le abría la blusa y le levantaba la falda para acariciarle las alargadas piernas, Lucía lo instaba a que le siguiera hablando de los insectos. Sebastián, a medida que hablaba al oído de Lucía de las feromonas, las articulaciones, el abdomen y el cuerpo segmentado de las orugas, se excitaba cada vez más. Lucía, mientras tanto, le abrió la bragueta y comenzó a masturbarlo, y mientras Sebastián estaba enfrascado en una detallada descripción de los órganos sexuales de los insectos, perdió todo control hasta que un orgasmo convulsivo provocó que manchara sus pantalones y de paso la falda de Lucía con su esperma. Lucía, al parecer encantada por la escena, le prometió que volverían a verse muy pronto.

Se frecuentaron durante algún tiempo. Sebastián y Lucía, sin embargo, nunca hicieron propiamente el amor. Durante sus encuentros ella lo instaba a que le hablara de la etiología, morfología o formas de agresión de los insectos. A menudo, mientras Sebastián monologaba extático, Lucía sentía crecer entre sus labios la excitación de Sebastián hasta que éste terminaba su monólogo con balbuceos, jadeos y frases entrecortadas.

5

Una tarde, buscando libros sobre su tema predilecto, Sebastián encontró un volumen firmado por una tal doctora Lucía Baumann. Picado por la curiosidad y al ver que su amante publicaba libros se encontró con que Lucía era psicoanalista y que su libro era un "ejercicio freudiano" en el que comentaba una serie de casos. Sebastián compró el libro y comenzó a leerlo esa misma noche. El volumen compendia, ordenados por orden alfabético, casos de voyeurismo, fetichismo, sadismo y toda clase de desviaciones y anomalías que habían culminado invariablemente en el suicidio del paciente. Finalmente llegó al caso "S", un así llamado "paciente" que liberaba sus represiones sexuales por medio del culto monomaniaco a los insectos. El ensayo contenía detalladas observaciones acerca de las costumbres del sujeto, abundaba en minuciosas descripciones y formulaba la hipó-

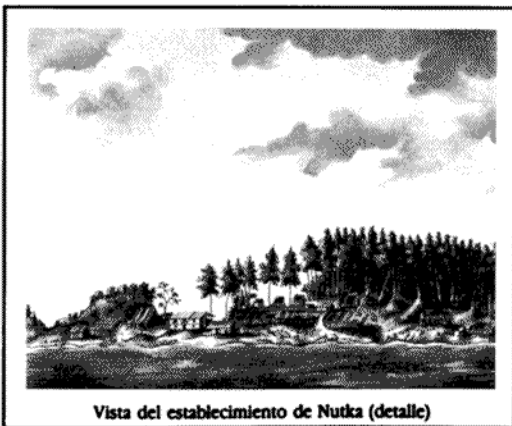
tesis de que había descubierto una muy peculiar forma de desviación sexual, llegando a la conclusión de que aquellos síntomas revelaban una mentalidad perversa a la que llamó "la fijación del insecto en el hombre del siglo XX". Pero cedió la palabra a la doctora:

"El hecho de que un hombre ya maduro se obsesione por un pasatiempo inútil como coleccionar insectos, es un signo evidente de desviación mental. Aun en el caso de los niños una excesiva inclinación por coleccionar insectos es una transferencia del complejo de Edipo, ya que para compensar sus deseos insatisfechos, el infante disfruta pinchando una y otra vez a los insectos ya muertos. El individuo que no abandona esa afición, sino que, por el contrario, la ahonda y transfiere a ella sus impulsos sexuales, nos revela que su condición mental ha empeorado. El hecho de que "S" no haya confiado a nadie su afición obsesiva significa, evidentemente, que le confiere un carácter clandestino. No es de ningún modo casual que los entomólogos aficionados resulten con frecuencia individuos posesivos, aislados, cleptómanos u homosexuales reprimidos. De ahí al deseo de abandonar el mundo no media más que un paso. Incluso sujetos como éste son atraídos no por los insectos, sino por el cianuro de potasio de los frascos que los contienen, y aunque se esfuerzan en ello —concluyó la doctora— son incapaces de superar la tentación de beberlo."

Sebastián lo comprendió todo de un solo golpe: había caído en una trampa. Una red de palabras había puesto al desnudo el enigma de sus obsesiones de la misma forma en que un entomólogo abría con un bisturí diminuto un insecto bajo el microscopio para mostrar su anatomía y explicar su secreto.

La interpretación destruye. Lucía le había arrancado su enigma de la misma forma en que la Mantis Religiosa cercenaba la cabeza del macho para devorarlo.

Días después lo encontraron muerto en su estudio. Todos los especímenes habían sido arrancados de sus tableros y destruidos violentamente. Sebastián se había suicidado, siguiendo la hipótesis de Lucía, bebiendo una fuerte dosis de cianuro proveniente del frasco donde guardaba una Mantis Religiosa. El libro de la Doctora Baumann había sido deshojado. Sus páginas yacían en el piso, desperdigadas alrededor del cadáver, como alas de mariposas blancas tatuadas de signos. □



Vista del establecimiento de Nutka (detalle)